La cordillera desde la Angostura de Paine

COMO DOÑA JUANA LA LOCA...

María Graham en Chile

Por

ARMANDO DONOSO

En el otoño del año 1822 llegó a Valparaíso una mujer fina, elegante y culta, que habiendo partido de Inglaterra en viaje de recreo, acompañada de su marido el capitán Thomas Graham, tuvo que soportar, a la altura del Cabo de Hornos, la irreparable desgracia de sentirle morir entre sus brazos. Y su dolor y su voluntad de mujer amantísima prevalecieron entonces sobre toda la tripulación del barco que se empeñaba en arrojar el cadáver al océano, logrando llegar ella con los caros despojos hasta Valparaíso, donde les dió piadoso descanso.

¿Quién era esta mujer, nueva doña Juana la Loca, centinela y custodia del esposo, después de muerto? Hija de un miembro del Almirantazgo y contraalmirante de la escuadra azul, María Graham llegaba a una tierra para ella ignorada y donde nadie podía conocerla.

Dama culta y distinguida, inquieta y observadora, se había formado en el gusto de los viajes y del arte: numerosos dibujos de su mano nos han quedado y no pocos volúmenes de su pluma. Tipo de la mujer inteligente y apasionada que poco recuerda las ex-

celencias de las de su raza. María Graham había cultivado su espíritu desde su fresca adolescencia como puede cuidarse una flor, aportando a su desarrollo una solícita atención cultural, tan constante cuanto intensa. Tocóle en suerte tener por **governess** a una mujer superior, que había frecuentado la amistad de Reynolds, Johnson, Burney y cuyo gusto por las letras logró comunicar a su pupila, estimulando en ella sus tempranas disposiciones artísticas.

Veinticuatro años tenía cuando, en 1809, contrajo matrimonio con el capitán Graham y emprendió un viaje a la India, luego después a Italia y trece años más tarde, a la América del Sur, en medio de cuyo derrotero el capitán había de encontrar la muerte (debido a un accidente, recuerda Pérez Rosales) al doblar el Cabo de Hornos, dejando en la viudez a María, a bordo de la fragata Doris, de su mando. Así arribó a Valparaíso, cargando los fúnebres despojos de su esposo, a fines de abril de 1822, la ilustre inglesa.

El espíritu sagaz y observador de esta mujer singular había de encontrar durante su voluntario recluimiento en tan apartadas tierras, campo amplio de observación donde vivió las más intensas páginas que cotidianamente trazó su pluma.

Su Diario es una palpitante y curiosa galería, a través de cuyos cristales contemplamos redivivas cuantas personas pasaron ante sus ojos y cuantas cosas esculpió su sensibilidad en la piedra de su prosa tan sencilla cuanto sincera.

Su estada en tierras chilenas le reservaba una sorpresa agradable que bien pronto hizo latir jubiloso su corazón: el encuentro con un antiguo camarada de su esposo, Lord Cochrane. Vieja historia de camaradería de otros días: había sido allá por los remotos tiempos de la pretérica mocedad del Almirante, cuando no era más que uno de los antiguos guardiamarinas; entonces tuvo ocasión Lord Cochrane de conocer e intimar con un joven que se iniciaba en la carrera y que andando el tiempo, había de llegar a ser el capitán Thomas Graham.

Ahora, vivida toda una existencia, y cuando la celebridad le había coronado primero en las guerras napoleónicas y luego en las campañas de la Independencia sudamericana, volvía a encontrar al lejano amigo de su juventud, que llegaba a bordo de la fragata Doris, inerte, perdido para siempre en el sueño tranquilo de la muerte. ¡Cuántos dolores, cuántos años, tantas vicisitudes habían pasado desde aquel día en que, a bordo de la Thetis, se estrecharon las manos de buenos camaradas. Nunca pudo una amistad tener esa trágica y sorpresiva despedida final, tras una despedida en el puerto más distante de la más remota latitud.

La influencia de Lord Cochrane fué para María Graham, una llave de oro ante las puertas más soñadas: ella le franqueó los más aristocráticos hogares santiaguinos, durante los treinta y seis días que permaneció en la metrópoli chilena. Fina, hermosa, discreta, sencilla, aquella mujer de la lejana Albión no pudo sino ser recibida con los brazos abiertos y los corazones francos: el prestigio de que llegaba precedida, su amable trato, su cultura brillante, la cruel desgracia que acababa de enturbiar el cristal de sus pupilas y el hecho de ser favorecida por la franca amistad de Lord Cochrane, no pudieron sino granjearle un justo renombre conquistándole una envidiable situación.

¿La sombra de un amor?

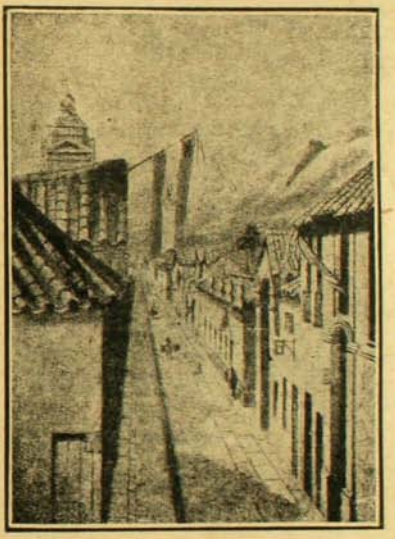
Apenas desembarca en Valparaíso huye del ruido mundano y va a recluirse sola en una pequeña casuca pintoresca, que tiene al frente un jardín plantado de perales, durazneros, naranjos, manzanos, vides, almendros y donde abundan las frescas hortalizas, repollos, habas, maíz y las fecundas gramíneas.

Al frente corre el estero rústico, que la separa del Almendral y, cerca de allí, por la falda del cerro, pasan cada día las recuas de mulas que llevan leña, carbón y legumbres para la ciudad. ¡Ah, qué nota tan viva y tan animada ponen ellas en el paisaje! Suena el cencerro y dejan las mulas, al pasar, agrio olor a montaña. "El interior de la casa—comienza a escribir la inglesa en su Diario, que va a ser en adelante el testigo de sus horas tristes y de sus días alegres—es aseado, las murallas son blanqueadas y el techo entablado, porque los cielos de estuco no soportarían los frecuentes temblores, de los cuales hemos tenido en la noche uno bastante recio."

Luego, en su pequeño home, comienza a

sentir deslizarse los días tranquilos, iguales, monótonos, con la isócrona tristeza de las horas que cantan en el reloj, que está arrimado contra el muro. Sin embargo, natura se muestra generosa y la vida es liviana en aquel amable rincón: los niños la colman de flores; la gente, hospitalaria, le sonríe; el mar, camino siempre abierto, puebla de esperanzas su corazón; la huerta, verde y fresca, le habla de una eterna juventud.

Un día su buen humor la lleva a realizar un paseo a través del puerto. Observa los baratillos, los mercados, el muelle: las tiendas de lujo son francesas; el comercio inglés es el más numeroso y su especialidad consiste en artículos de mercería, loza y géneros de lana y algodón; "los alemanes— escribe— proporcionan la mayor parte de cristalería de uso corriente, que es de mala calidad; pero lo mismo que los espejitos alemanes, que se compran, principalmente como ofrendas votivas en las capillas, responden suficientemente a las necesidades del consumo chileno; los abalorios, peines, juguetes y perfumes ordinarios se encuentran también en las tiendas alemanas. Hay establecidos aquí algunos artesanos alemanes y se hace notar principalmente un herrero mariscal, un tal Freit, cuya casita, hermosa y aseada, con su taller y su jardín, es un excelente modelo para los chilenos que se levantan."



Una calle de Santiago en 1828

El 29 de junio de ese año de 1823, llega a Valparaíso uno de los buques de la escuadra de Lord Cochrane; al día siguiente se remiten para Santiago trescientos prisioneros llegados desde Lima. Entre ellos advierte María Graham a un anciano que, al ser conducido para la capital, mira por última vez el mar y exclama que ese era el único camino que podía devolverlo a su patria. Un momento después cae fulminado por un ataque al corazón, que ha roto su vida como un cristal.

¿Será acaso la tristeza de la soledad? ¿O moverá sus simpatías la afinidad de la sangre? Cotidianamente María Graham tiene un recuerdo de entusiasmo y de cariño para el hombre que embarga sus simpatías, Lord Cochrane, que es para ella el genio y la caballerosidad, el valor y la inteligencia, y... ¿quién podría asegurárnoslo que no era también el amor? ¡Ah, la tremenda irresponsabilidad de sentirse solo y de sentirse amado, que puede tornar flaca la carne del más seguro mortal! María Graham, viuda joven, bonita, en el último rincón del mundo; Lord Cochrane, viudo temporalmente, pues Lady Cochrane había partido a Inglaterra en marzo de 1821, en la fragata de guerra inglesa Andromach, glorioso, rico, mimado de la sociedad, se aparecía ante la ilustre viajera con todos los atractivos del hombre superior, que encontraba franco los corazones femeninos. Oid lo que escribe de él María Graham: "Si bien no es hermoso Lord Cochrane, tiene una expresión de superioridad que, desde que por primera vez se le mira, induce a mirarlo una y otra vez". Más adelante agrega: "Si alguna vez he conocido el genio, puedo decir que Lord Cochrane sobresale". ¿Esa simpatía y esa admiración alcanzó a cuajar en la flor de una apasionada correspondencia amorosa? ¿Acaso la coquetona casita pintoresca, rodeada de perales, duraznos, naranjos, olivos y almendros, no fué testigo del breve idilio de ese breve amor? Cosas del tiempo, y el tiempo, como la esfinge, calla siempre.

La Posada de Santo Domingo

Santiago en 1822

El 22 de agosto parte María Graham a Santiago. El viaje es pintoresco y alegre. En la metrópoli pasa a ser huésped de la linajuda familia de don José Antonio Cotapos. La gentil hospitalidad chilena la abrumará de atenciones a toda hora. Por la tarde del día de su arribo, después de tomar un ligero descanso, pasa al comedor donde encuentra reunida a la familia: "Todos los guisos fueron servidos en la misma mesa,—escribe—y era difícil resistir a las apremiantes y repetidas invitaciones a comer de cuanto había. Se considera como una muestra de la más delicada atención sacarle a alguien una porción de su plato y ponerla en el de su amigo, y a nadie se le hace escrúpulo servirle a uno con el cuchillo o cuchara con que ha estado comiendo, o tomar algo directamente de la fuente sin intervención de platos. Entre los servicios ofrecíase pan, mantequilla y aceitunas. A juzgar por lo que hoy he visto, podría decir que los chilenos comen mucho, especialmente dulces". ¡Dichosos tiempos aquellos en que las vides no eran tan pródigas como hoy lo son!

Las costumbres de salón no eran menos cordiales y curiosas que aquéllas: "Hace muy poco tiempo—anota la inglesa—que las

damas chilenas han aprendido a sentarse en sillas en vez de hacerlo sobre estrado. Ahora, en lugar del estrado, hay, generalmente, largas alfombras a cada lado de la sala y dos filas de sillas, con tan poca distancia entre una y otra fila, que los pies de una persona quedan en contacto con los de la que está sentada frente a ella. Los más graves y de más edad se sientan con las espaldas hacia la muralla, y frente a ellos las niñas; los jóvenes se colocan detrás de éstas, y la conversación, general o particular, se hace sin ceremoniosa afectación y a media voz".

Termina María Graham las anotaciones del día 24 en su diario con la característica nota que sigue: "Hacía tanto tiempo que no oía cantar a un guardián de ronda, que experimenté una indecible sorpresa cuando llegó a mis oídos, mientras me acostaba, el canto de **Ave María purísima; las once han dado, y sereno,** canto que despertó en mi muchos recuerdos, asociados con

"The beliman's drowsy charm,
To bless the doors from nightly harm"

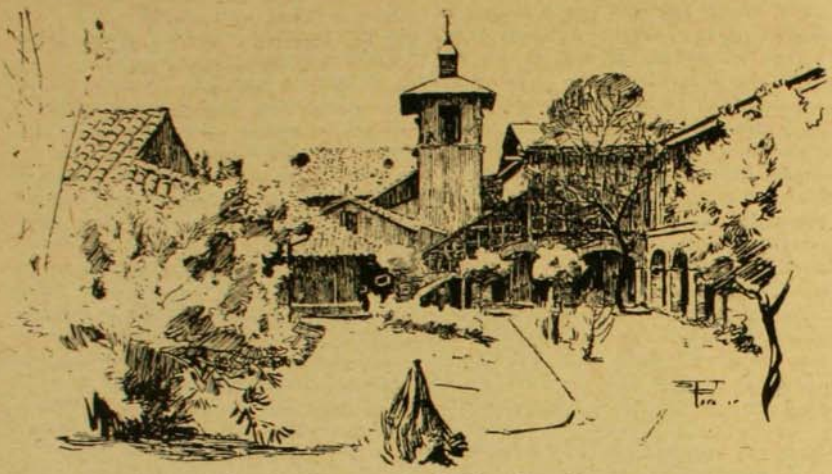
¿Qué dicen estos versos? Hablan ellos del canto soñoliento del rondador, que guarda las habitaciones contra los peligros nocturnos.

Un retrato de O'Higgins

¿A qué recoger todas las curiosas observaciones de María Graham en Santiago? Ello sería motivos para colmar centenares de carillas. Oigamos cómo refiere su primera visita al Director Supremo don Bernardo O'Higgins, adonde se encamina acompañada por el juez Prevost, la señora Cotapos y su hija segunda, Mariquita: "Ambas me pidieron excusas de presentarse con medias de algodón y toscos zapatos negros, manifestándome que, a causa de un voto que habían hecho durante una grave enfermedad del anciano don José Miguel Cotapos, estaban obligadas a usar esas medias y zapatos durante un año, si sus oraciones alcanzaban la salud del paciente." La impresión que le causa a la inglesa el palacio de la Moneda es agradable: "Las salas están bien amuebladas; pero con sencillez; estufas inglesas de hierro fundido, alfombras escocesas, porcelanas y relojes de mesa franceses, poco o nada que pareciera español y mucho menos chileno. La madre del Director, doña Isabel, y su hermana doña Rosa nos recibieron, no sólo cortésmente, sino con exquisita amabilidad". La acogida que le dispensa don Bernardo es halagadora: "Se informó con mucho interés de mi tío, Sir David Dundas, y de varios amigos y parientes míos, por sus nombres y muy especialmente de sus viejos maestros de música y otras artes". Mucho le agrada a María Graham cuando ve que algunas araucanitas, a quienes sus padres han dejado huérfanas, entran a la sala "corrieron hacia él y se abrazaron de sus rodillas". Luego "el Director les dirigió la palabra en araucano para que yo oyese hablar en ese idioma, que me pareció armonioso y agradable, debido, quizás en parte, a la suavidad de las voces infantiles". Le impresiona gratamente a la ilustre viajera la admiración que doña Isabel profesa por su hijo: "El es modesto,—escribe—abierto, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase". Luego llegan a la sala algunas personas de importancia: el coronel Cruz, que le es presentado a la inglesa como el futuro gobernador de Talcahuano; algunos militares franceses "que no me parecieron tener mucha de esa distinción y finura que caracterizan a sus compatriotas"; algunos miembros del Cabildo. Mientras ellos se engolfan en una discusión María Graham observa a O'Higgins: "El Director vestía como de costumbre, su uniforme de general; es bajo y grueso, pero muy activo y ágil; sus ojos azules, sus cabellos rubios, su tez encendida y sus algo toscas facciones no desmienten su origen irlandés, al par que la pequeñez de sus pies y manos son signos de su procedencia indígena."

Visitas y observaciones

El día 27 de agosto, visita a doña Mercedes del Solar, madre de don Vicente Pérez Rosales, mujer cultísima, tan distinguida cuanto hermosa. Con este motivo recuerda María Graham, que siendo muy niño Pérez Rosales, viajó con ella en la fragata "Doris" desde Río Janeiro: "Se resfrió al doblar el Cabo de Hornos, y lo hacía pasar en mi ca-



Interior del convento de Las Capuchinas.

marote todo el tiempo que permitían las circunstancias". ¡Cuánto es de lamentar, que don Vicente fuera tan parco en sus noticias sobre María Graham, en sus "Recuerdos literarios", de quien apenas si ha dejado una impresión en dos líneas!

La segunda visita de la inglesa a don Bernardo O'Higgins es no menos interesante que la primera. Conversa largamente con el Director Supremo sobre la revolución de la independencia, cuyas observaciones las aprovecha en la reseña de la historia de Chile que le sirve de introducción a su Diario: "A propósito de la escasez de armas del ejército patriota—escribe—mientras ocupaba las riberas del Maule, me dijo que los patriotas no tenían frecuentemente otras armas que los yugos de sus bueyes, con los cuales combatían con los realistas, cuerpo a cuerpo. El mismo, entre otros arbitrios inspirados por la desesperación se hizo fabricar un cañón de madera, que estalló "al primer disparo".

Un día la ilustre viajera va a visitar la Biblioteca Pública, que consta de unos diez a doce mil volúmenes. Su director es don Manuel Salas y Corvalán, "instruído y culto caballero, que me mostró un bello ejemplar de Cluverius y me habló con orgullo de su colección de obras de viajes y geografía". Advierte María Graham que los libros de leyes ocupan la mitad de los estantes, y que hay un buen número de obras francesas y pocas inglesas. "Encontré en la biblioteca —dice—al diputado Albano, a quien había visto presidir la Convención: "Al pasar ante los libros de leyes éste le cuenta que son la gran plaga: **Los chilenos son excesivamente litigantes. Consideran un título de honor tener un pleito, y, sin embargo, los pleitos suelen durar años enteros y arruinan más familias que todas las demás causas de ruinas juntas, con excepción del juego".** ¡Ah! rara clarividencia la del diputado Albano! País de litigantes y de juristas es el de Chile, no ha desmentido su gloriosa herencia española.

El resto de los días que la inglesa permanece aún en Santiago los distribuye en visitas, paseos al campo, quehaceres domésticos y en dejar que las horas huyan llevándose su obstinada melancolía. El 28 de septiembre abandona "no sin pesar" la metrópoli. Espera regresar en el verano próximo y, trasponiendo la cordillera, ir a Mendoza y volver por el paso de San Juan de los Patos, "por donde el ejército de San Martín entró a Chile en 1817". Desgraciadamente no volvió jamás María Graham, perdiéndose con ello un nuevo y hermoso libro!

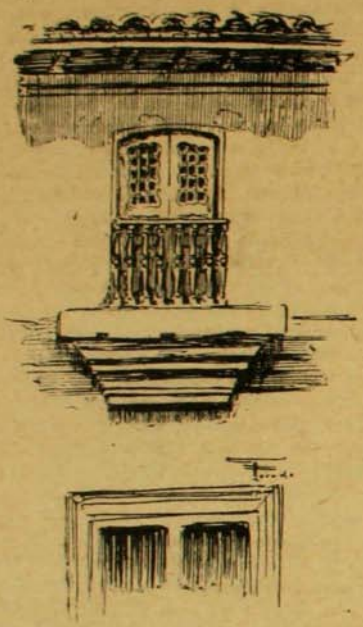
Cochrane y San Martín

Ya en Valparaíso, su primera palabra consistirá en una protesta para quienes calumnian a Lord Cochrane: "La envidia que tienen al almirante los que se ven eclipsados por él, fortalecida por las sospechas a que en todas partes están expuestos los extranjeros, goza ahora de más libertad para desahogar su rabia, realizado ya el gran objeto de destruir el poder naval de España en el Pacífico". La especie calumniosa a que alude María Graham, no es otra que la cuestión del embarque, por Lord Cochrane, del tesoro de Ancón en el buque que enarbolaba la insignia, con parte del cual, en vista del apremio que le imponía la tripulación de los barcos de la escuadra para que le cancelasen sus sueldos, se vió en la necesidad de cubrir dichas deudas sin la autorización de San Martín.

El día 9 de octubre, escribe María Graham, que Lord Cochrane y el capitán Crosbie fueron a verla "y como nunca hablamos de política mientras tomamos té con pan y miel, tuvimos siquiera una hora de agradable charla, sin acordarnos de gobiernos, motines, ni injusticias de ninguna especie, felicidad de que aquí se disfruta muy rara vez cuando se juntan dos o tres personas."

Cuatro días más tarde anota en su Diario que ha llegado San Martín a Valparaíso, que viene del Perú, de donde ha huído en la medianoche del 20 de setiembre: "Ahora hace correr la voz—escribe—de que un dolor reumático en un brazo le obliga a recurrir a los baños de Cauquenes. Si es verdad, es extraño, bastante extraño". Tanto le inquieta a María Graham la llegada a Chile del mortal enemigo de Lord Cochrane que durante el día 14 las notas de su Diario aparecen consignadas A mediodía y en la noche.

El 15 de octubre, mientras la inglesa va a despedir a sus amigos de la "Doris", que al día siguiente se harán al mar, la sorprende una partida de gente y la llegada del gobernador de Valparaíso, Zenteno, "acompañado de un hombre muy alto, y de buena figura, sencillamente vestido de negro, a quien me presentó como el general San Martín." En una pieza pequeña se disponen asientos para que descanse la concurrencia mientras María Graham mira y escucha: "Los ojos de San Martín tienen una peculiaridad que sólo había visto antes una vez en una célebre dama. Son obscuros y bellos, pero inquietos; nunca se fijan en un objeto más de un momento, pero en ese momento expresan mil cosas. Su rostro es verdaderamente hermoso, animado, inteligente; pero no abierto. Su modo de expresarse, rápido, suele adolecer de obscuridad; sazona a veces su lenguaje con dichos maliciosos y refranes. Tiene grande afluencia de palabras y facilidad para discurrir sobre cualquier materia." La tertulia es animada; la presencia de San Martín llena la sala; todos lo contemplan; la inglesa le observa como un cirujano una víscera en la que ha de realizar una experiencia: "No ha leído mucho,—escribe—ni su genio es de aquellos que pueden ir solos. Citó continuamente autores que, sin duda alguna, sólo conoce a medias, y de la mitad que conoce parecería que no comprende el espíritu". Cuando alguien lo interroga sobre su estada en el Perú él le cuenta a María Graham que, "deseoso de saber si el pueblo, era realmente feliz, solía disfrazarse de hombre del pueblo, como el califa Haroun al Raschid, para visitar las fondas y mezclarse con los grupos que charlaban en las puertas de las tiendas, donde muchas veces oyó hablar de él". Luego le refiere que ha traído consigo el estandarte de Pizarro, el glorioso estandarte bajo cuyo trapo conquistó el imperio incaico: "Su posesión, dijo,—advierte María Graham—ha sido considerada siempre como el signo del poder y la autoridad; yo lo tengo ahora". Así exclamó irguiéndose tan alto cual era" y miró a su alrededor con un aire de soberano". Finalmente, comenta María Graham: "No tiene genio, sin duda alguna, sino cierta dosis de talento, ninguna instrucción y sólo un ligero barniz de conocimientos generales, que luce con habilidad; nadie posee como él ese talento que llaman los franceses l'art de se faire valoir... Aspira a la universalidad, como Napoleón, que según he oído, tuvo algo de esa debilidad y de quien habla siempre como de su modelo o, mejor dicho, su rival". Al pie de la página podemos leer el llamado siguiente: "En su residencia de Mendoza tenía su retrato entre los de Napoleón y del duque de Wellington."



Un balcón de la antigua casa de Puente esquina San Pablo

¡Ah, la picara ironía femenina se ha encarnizado sobre el pobre grande hombre! María Graham, en los instantes que escribía su Diario, tuvo seguramente presente el recuerdo de Lord Cochrane. ¡Y el odio de las mujeres es mil veces más terrible, odio felino y vengativo, si el amor ha llegado a alimentarlo!...

Ultimos días

Para que María Graham no parta a Europa sin llevar la impresión exacta de extraño sabor gustado en estas apartadas tierras, he aquí que el día 20 de noviembre la sorprende un terremoto en Valparaíso. Ruina, miseria, dolor por todas partes. Luego, durante varios días, se suceden continuados temblores, que renuevan el espanto de la ciudad aterrada. El domingo 24 escribe: "Mi registro de temblores me da hoy cinco: a las ocho A. M., a la una, tres, cinco y once P. M." Durante un mes consigna María Graham la impresión de sucesivos temblores que ya no la inquietan, pues han pasado a formar parte de sus costumbres; así, por ejemplo, el día 5 de diciembre anota en su Diario: "Hemos pasado un día mas tranquilo. Solo hubo tres temblores suaves".

El día 17 de enero de 1823, escribe María Graham esta anotación melancólica: "Esta mañana Lord Cochrane y yo subimos a las cumbres de casi todos los cerros que hay entre la casa de la Herradura y el mar. Quizá será esta la última vez que él recorra estos lugares por los cuales tanto ha hecho: y yo, probablemente no volveré a estos sitios donde, a pesar de tantos sufrimientos, he experimentado tantos y tantos goces". ¿No pensaba, acaso, tornar en breve a Chile, para cruzar la cordillera, ir a Mendoza y volver por el paso de los Patos que siguiera San Martín en 1817?

Al día siguiente "A las seis, el capitán Crosbie fué a bordo de la "Motezuma" a arriar la insignia de Lord Cochrane, dándose así por terminada su autoridad naval en Chile". Luego, el buque se pone en marcha; la tierra se aleja; Quintero se va perdiendo en el horizonte; ya no es más que una sombra, un recuerdo, una leve tizne sobre la infinita superficie del mar.

Así partieron de Chile, el día 18 de enero de 1823, sir Thomas Alejandro Cochrane y María Graham. Aquél iba a coronarse, una vez más, de gloria peleando contra los portugueses bajo las banderas del Brasil y ésta a rendir, un lustro más tarde, la blanca frente, en aras del matrimonio, ante el célebre pintor Augusto Wall Callcott.